

## EL LAICISMO, CRISIS DE FE Y DE RAZON

Textos del Prof. MICHELE FEDERICO SCIACCA (\*).

### INTRODUCCIÓN.

La Europa llamada occidental renuncia cada día a alguna cosa que es esencial, aquejada por una dolencia crónica de autolesión y profesando un estado de dimisión.

La pérdida más evidente es la de su *tradición humanista*, que requiere una educación "formativa" a nivel teórico-crítico, auténticamente "científico" y también "religioso". Por dar prevalencia al momento práctico-económico, técnico-operativo-productor, al interés de lo materialmente "útil", no como un momento teórico y una condición para la elevación espiritual —lo que equivaldría a afirmar con mayor fuerza los valores inherentes al espíritu—, ha matado la

---

(\*) En septiembre de 1974, en Stresa, nuestro querido maestro el profesor Sciacca examinó, con Juan Vallet de Goytisolo, el temario de la XIV Reunión de amigos de la Ciudad Católica para el otoño de 1975, acordándose que la ponencia final la desarrollaría el profesor acerca del tema *El laicismo, crisis de la fe y de razón*. Meses después, todavía tuvimos la fortuna de tenerle entre nosotros en nuestra XIII Reunión que tuvo por tema general *Santo Tomás de Aquino, hoy*, que realmente había planeado él mismo, honrándonos con la ponencia inaugural *Santo Tomás y los problemas filosóficos de hoy*. En la cena de despedida, la víspera de su marcha, se decidió precisamente celebrar en algún lugar de la provincia de Alicante nuestra XIV reunión. Pero al profesor Dios se lo llevó a mejor vida dos cortos meses después. Sin embargo, no nos resignamos a quedarnos sin el magisterio de su ponencia. Por ello, habiendo ya tratado Sciacca este tema en los primeros capítulos de su maravilloso libro *L'ora di Cristo*, escogió Vallet los textos más oportunos de la última edición, aparecida meses antes, que traducidos al castellano fueron leídos en la última sesión del 8 de diciembre de 1975. La publicación de estos mismos textos seleccionados y allí leídos, son un tributo más de gratitud que rendimos al llorado maestro y amigo (e. p. d.).

"cultura", en el sentido auténticamente humanista que es el único sentido europeo y sólo europeo.

El europeo se caracterizaba por ser una "persona culta" que ejercía una u otra profesión teniendo su mente formada por aquella cultura. Hoy tiende a ser solamente "técnico especializado" con un cierto bagaje de nociones de televisión y huecograbado, de enciclopedia al nivel de todos; es decir, tiende a sustituir el nivel humanista de cultura por el economista o cientifista.

Pero, no puede entenderse la tradición europea si no se tiene en cuenta, además de su característica crítica, otro componente esencial, la tradición religiosa hebraico-cristiana: *Europa significa unidad espiritual de estas dos tradiciones*. En tal sentido, el verdadero humanismo (verdad natural y verdad sobrenatural, distintas pero no separadas), que le es connatural, ha nacido y se ha desarrollado en Europa que lo ha exportado como el único producto "no económico" que ha constituido su verdadera grandeza. Incluso esa tradición religiosa está hoy en crisis. Digo, con ello, que la *Cristiandad* no sabe ser ya cristiana porque renuncia al espíritu y a sus valores; por lo cual va mundanizándose hasta asimilarse al mundanismo materialista y ateo en un proceso de descristianización que deja sobrevivir un cristianismo "horizontal", al nivel de una "fraternidad" con vistas sólo a la vida en el mundo, un humanitarismo que es la negación de Cristo, por lo que la religión resulta relegada a puro hecho "privado".

La política no puede resolver legislando, desde fuera, ni un solo problema del espíritu, sino que únicamente el espíritu mismo puede resolver los problemas que le son propios; la política no es válida sino en los límites en que favorece esta solución ... En cambio, hoy, dimitiendo como hombres y renunciando al espíritu, pedimos al orden *exterior* político-social y a su maquinaria burocrática la solución de los problemas, que sólo la admiten *interior* y que únicamente nosotros podríamos dar, aunque fuera ayudados por una organización adecuada. El hombre de ese modo se ha envilecido y ha envilecido su libertad de espíritu, al esperar que incluso la misma

libertad le sea otorgada por un decreto-ley, elaborada por una centena de politizantes o por la burocracia estatal, que, en sí misma, en cuanto "máquina", es irresponsable y, por lo tanto, se halla fuera de la libertad. Parece que, hoy, la humanidad sólo se siente segura "agregándose", haciéndose masa o pasta: para la "seguridad social", que es ante todo y sobre todo "vital" y regalona, renunciando a ser ella misma; por eso acepta que la libertad le sea garantizada por el sindicalismo y con una cartilla, con un folio de papel sellado. Así, el Estado, en lugar de ser el promotor de los derechos naturales y extrasociales del hombre, es la "máquina" que se los produce, los da, los agrupa o suprime, le ofende e increpa cuando quiere con el pretexto de la "salud pública", del "bienestar de todos", de los "intereses superiores". ¿Superiores a qué? Ningún interés es superior a la persona humana en el orden de la naturaleza; pero la despersonalización del hombre, la renuncia de sí mismo ha puesto al propio hombre "en cuestión": el Estado, que hoy es el Partido o los Partidos, lo devora, lo digiere y lo hace excremento, como más cómodo le resulta. Este es hoy, en el fondo, el sentido brutal e inhumano de las llamadas "nuevas fórmulas sociales" en las cuales para el espíritu *il n'y a pas de place*.

Puesto en discusión el ser del hombre, que es primero en el orden natural en cuanto constituido por un principio objetivo, o de verdad primera, que es el ser, todo resulta discutible; es "cuestión pendiente": la objetividad de la conciencia y de la moral, el fundamento de la autoridad, la Iglesia y el Estado, la sociedad y la familia, etc., efectivamente nada tiene ya sentido sin el ser, cuyo principio y fin es el Ser. El hombre ya no es; no es ni siquiera una bestia, como se dice, pues cada animal tiene su propio orden —y el hombre, en este caso, ha renegado del suyo—, sino una incógnita monstruosa, lanzada al caos y no creada por el Logos.

En ese eclipse de los principios y de los valores, en suma, de la verdad, es inmensa la responsabilidad del *laicismo* —como concepción de la vida que rechaza la religión o que prescinde de ella—, pero no lo fue menos la de cierto cristianismo, secular y eclesiástico, de ayer y de hoy. Las protestas del primero son irritantes: aun hoy tiene la ejemplar hipocresía de lamentar la pérdida de los valores

espirituales, el materialismo y el escepticismo que nos inundan, cuando verdaderamente todos los diletantes del "libre pensamiento" son la primordial causa de la caída del pensamiento al nivel del mundo y de la pérdida de la "libertad de pensamiento" y de la responsabilidad que ella implica. Después de casi cuatro siglos de racionalismo y de adoración de la razón hasta lo grotesco, de secularización de lo sacro y de la historización de la verdad humana y divina, de exilio del ser por decreto iluminístico; de proclamar la "autonomía" de todas las formas de actividad humana, respecto de la "abstracción" metafísica y de las "supersticiones" religiosas, con miras a la autosuficiencia del hombre dominador de los dioses y del cosmos, y de la exaltación de todos los agnosticismos e inmanentismos idealistas, empiristas, positivistas, en homenaje a la historia y a la ciencia, el laicismo se maravilla de que Europa, que había tenido como alma el humanismo, en el sentido antes expresado, se haya convertido en esceptica y materialista, casi insensible a las voces de su auténtica tradición crítico-científica y religiosa, a los valores morales y estéticos.

Maravilla sólo una cosa: que laicistas de indudable levadura mental hayan podido hacerse la ilusión de que sin esa tradición todo andaría mejor que antes y los valores humanos se elevarían. En su lugar, perdidos primero en esa pretensión, se precipitan hoy envilecidos por la miseria de su locura. El pensamiento laicista occidental, ciertamente ha continuado y desarrollado la gran tradición crítico-científica, pero se ilusionó en mejorarla prescindiendo de la tradición ontológico-metafísica y religiosa, que consideraba como un obstáculo que había de derribar, o un momento transitorio que debía ser superado en el transcurso del proceso histórico y de la evolución natural. Así, la tradición crítica ha cavado la fosa, pero no a la metafísica y menos aún al Cristianismo, siempre actual y contemporáneo, sino a sí misma, al hombre y a los valores humanos que ilusoriamente creía posible afirmar y potenciar mejor contra el ser, contra Dios y su Iglesia. El principio de la inmanencia historicista o naturalista, antes que contra Dios, es un pecado de la razón contra la verdad que la ilumina, por lo cual su desarrollo ha sido hecho en daño de la propia razón. El inmanentismo, error radical, tiene una lógica fatal: rebajada la verdad a lo finito y temporal, del cual se la considera

producto, disuelto el ser en el devenir y el hombre en el "sujeto", singular o colectivo, todos los valores crujen porque se les ha privado de su fundamento, el ser y la verdad, que es madre y no hija de la historia. Coherente con el inmanentismo es este dilema: o el materialismo histórico de Marx y sus ulteriores desarrollos, inmanentismo que dogmáticamente todavía conserva la fe en sí mismo; o bien la negación de todo valor, si todos ellos no son sino productos de la evolución histórico-natural y, como tales, contingentes y relativos, no verdaderos ya sino solamente opinables y, por tanto, "operativos", "eficaces", puramente "pragmáticos". Las diversas corrientes laicistas están destinadas de este modo a ser asimiladas o a asimilar al marxismo, más o menos corregido o sin corregir, que es la única forma activa del laicismo, que aún tiene mordiente; pero, precisamente por eso, "laicismo" puro y, como tal, negador de la "laicidad" del pensamiento y de la cultura en general. Las otras, o sea las del "elevado pensamiento" y de las "nobles virtudes", son un residuo ineficaz y académico del laicismo iluminístico y ochocentista, que se engañaba y engaña creyéndose "espiritualista" e "idealista", después de haber negado el espíritu y la idea por haberlos querido hacer inherentes a la naturaleza y al tiempo, a lo finito de este mundo.

Así se explica que el laicismo de este último tipo, el del alto primado de la "conciencia moral", se halle hoy sin alma, mediocre, convencional, retórico, en manos de los habituales politicantes, negociantes y clérigos traidores, dignos miembros de toda academia en la que puedan pronunciar tantísimas palabras en las cuales, para comenzar, ya no creen ellos; y el laicismo más conspicuo, perdido el optimismo de los diletantes del siglo XVIII y de los profesores del siglo XIX, aparece aún contradictoriamente firme en mantener el punto de vista inmanentista, o bien esforzándose en la negación de todos los valores humanos o en su reducción al consumo diario, y, por ello, se presenta como la "crítica" y la "crisis" del propio inmanentismo, confesión enmascarada de que sin lo divino lo humano decae, se aniquila y resulta la deyección de sí mismo. De ahí los diversos existencialismos y problematicismos, eficaces como momento crítico negativo, pero bizantinos, contradictorios e inútiles como

momento crítico-constructivo; de ahí la lucha desigual entre el laicismo de tipo ochocentista y el de tipo marxista, hijos ambos del iluminismo. Al primero ya nada le queda por decir sino repetirse o destruirse, según el módulo de la decadencia, entre falsas lágrimas agnósticas, retóricas y sutilezas barrocas; mientras el otro, coherente en su inmanentismo o asumiendo la historicidad del ser, en el sentido más radical —y por lo tanto la disolución de la idea o del momento teórico de la praxis-momento histórico práctico, dialectismo, en el cual el momento mediador de ambos momentos es la categoría del “trabajo”, identificado con el momento económico social—, tiene aún cierta utilidad propia. Lucha desigual, en la cual el laicismo de las “bellas palabras” y las “ideas elevadas” hace el papel más ridículo; confuso, charlatán, pierde terreno y mientras más pierde más grita, como un raquítico en lucha con un atleta y trata de salvarse agarrándose a todos los expedientes, y entre ellos el especioso pero no “ingenioso” de hacerse marxista reformista, con la ilusión de que así asimilaría al enemigo, cuando en realidad sería asimilado por él: obra maestra del transformismo corruptor de todo principio.

De ahí otra posición clara: lo único que hoy puede oponerse válidamente al marxismo en todas sus formas —incluso al sedicente neocapitalismo que pretende oponerse al marxismo— es el Catolicismo, el único que posee una vitalidad perenne derivada de la verdad que le es intrínseca. Pero, para que pueda asumir esta misión, es *necesario* que la catolicidad no se deje seducir por las sirenas del *progresismo* y del mundanismo, que no intente también una solución transformista: que haga, sí, política, pero que no politice su fe católica, si aún la conserva. Si la palabra hombre tiene en el Catolicismo su verdadero significado, que implica una tradición crítica por la cual el pensamiento se define laico (en el sentido de seglar) pero no laicista, puede evitar su propio naufragio y el de los valores humanos, apoyándose —pero no extrínsecamente por oportunismos políticos— en la tradición metafísica y religiosa que, se creía —pretenciosa y estúpidamente— haber eliminado gracias al progreso cultural y civil de la humanidad.

## I. DIOS EXILIADO DE LA CIUDAD TERRENA.

## La eliminación de la verdad.

La inversión de la perspectiva filosófica consiste en la sustitución del problema del principio y de lo real por el problema del método; del problema del ser por el del hacer. Digo *sustitución*. Ahora bien, con esto no sólo se introducen dudas acerca de la verdad, sino que además implica el riesgo de eliminarla, como algo superfluo y, por añadidura, perjudicial a los fines del bienestar y de la felicidad de los individuos y de la sociedad. Por eso, la finalidad del conocimiento y del saber no es ya la verdad, sino lo útil, el placer, lo que conforta materialmente la vida humana, satisfaciéndola en sus necesidades vitales. En consecuencia, se estima verdadero aquello de lo que el hombre puede obtener una utilidad práctica, entendiendo la palabra utilidad no sólo en sentido económico, sino más ampliamente. No interesa ya la búsqueda del ser, sino *hacer* y, sobre todo, la organización de este hacer. No importa ya la verdad, sino la utilidad práctica para la plena satisfacción de todas las necesidades vitales. Síguese de ahí que, puesto que lo que cuenta es la utilidad práctica, interesan todos los medios técnicos o cognoscitivos, en el sentido restringido de funcionales, que sirvan para organizar mejor los fenómenos naturales y los humanos. La organización de los fenómenos naturales es confiada a la ciencia, entendida en sentido puramente operativo (técnica); y la organización de los fenómenos humanos es confiada a la sociología, a la psicología, a la pedagogía, etc.

En este punto... La verdad no interesa y es bueno no ocuparse de ella. Y ¿por qué ese desinterés en un bien? Porque —se afirma— la verdad divide a los hombres (para la filosofía clásica está vigente la tesis opuesta: la verdad une). Si la dejamos aparte, los hombres podrán ponerse de acuerdo respecto de los medios, de los conocimientos técnicos que sirvan para resolver sus problemas cotidianos: de organización, de bienestar social, etc.

¿Por qué la verdad divide? Porque la verdad no es una opinión. Cuando los hombres dicen "esta es la verdad", "estos son los prin-

cipios", asumen una cierta intransigencia respecto de esta afirmación. No son posibles los compromisos, sólo cabe lograr cierta aproximación. Los hombres, si "están" ante la verdad, se dividen. Siendo así —se dice—, eliminemos de la nueva perspectiva lo que divide, no ocupándonos de ello, y hagamos juntos aquellas cosas en las que estamos de acuerdo y que a todos conviene hacer.

También las ideologías políticas han entrado en crisis: más que discutir acerca de los principios —se dice— es mejor ponerse de acuerdo acerca de las cosas prácticas que podamos realizar juntos; no ya la política de las ideas, sino la política de las cosas. Pero las cosas son ciegas. A fuerza de buscar sólo la opción práctica, se concluye por elegir a ciegas, es decir, ya sin la luz de la verdad.

Esta posición incluso deja al margen los principios morales; también deja al margen la verdad religiosa: creer en las verdades reveladas que son dogmáticas es enfrentar unos hombres a los otros. Por lo tanto, no más filosofía de la religión ni teología revelada o teología como ciencia; no más filosofía de la política, ni del derecho, y así por el estilo, sino sólo religión, política, derecho, a nivel simplemente sociológico y psicológico sin fundamento filosófico, empíricamente entendidos y guiados con método experimental. Se puede llegar así hasta la comprobación de que existen dos mundos: uno social o público, en el cual los hombres se unen en torno a lo que prácticamente les conviene y deciden acerca de ello; y otro, de las creencias o de las opiniones personales, de las cuales mejor es no hablar porque de hacerlo podríamos estropear la conversación.

### Eliminación de los principios morales.

Insistamos, un instante más, en ocuparnos de la inversión de la perspectiva filosófica, esto es, de aquella posición que dice: no más búsqueda del ser o de la verdad, sino la organización siempre más funcional o racional de nuestro hacer para el logro de un siempre mayor y más difundido bienestar. De esa posición se deduce ésta en

moral: no la perfección interior del hombre o la práctica de la virtud, aun a costa de sacrificios y renunciaciones, sino la liberación del hombre de todo cuanto impide o comprime su espontaneidad; esto es, de los riesgos de tabúes, que se llaman virtudes, cuando no son sino pretextos, más o menos hipócritas, que ocultan otros intereses o superestructuras económicas, o simplemente perjuicios. Pero en cualquier caso, medios represivos.

Resulta así que sólo se habla de una felicidad de orden agnóstico: el hombre es reducido a tan sólo la vida animal organizada por el cálculo racional o funcional, es decir, a una vida privada del espíritu de hombre, por debajo de sí mismo. Podría decirse que se trata de una forma de "corporismo", antítesis de cierto "angelismo", que también debemos combatir por igual, porque el hombre es espíritu encarnado, alma y cuerpo. Además, se produce una reducción de la libertad a la pura espontaneidad sólo animal, no ya la de una piedra que puede caer en virtud de la ley de la gravedad si no halla un obstáculo: que nada tiene que ver con la libertad humana, pues ésta comienza precisamente en el razonamiento que ya no opera en una mera espontaneidad.

Ello comporta, finalmente, la pérdida de la conciencia moral, o sea de la capacidad de distinguir el bien y el mal que Aristóteles y también Santo Tomás identifican con la prudencia, entendida no sólo como virtud práctica sino como virtud intelectual; y la falta de conciencia moral lleva al caos de la ciudad terrena. La concepción libertina del comportamiento humano llega a la conclusión que puede reducirse a estos simples términos: que cada cual haga cuanto le plazca y satisfaga sus necesidades físicas. No se trata ya de una moral puesta al día (*aggiornata*), sino de la destrucción total de todo principio de conducta moral, de la sustitución de la virtud por todos los excesos, incluso la obscenidad.

### La eliminación de Dios de la ciudad terrena.

La duda de Dios, si no es estímulo para una búsqueda más profundizada sino fin en sí misma, es también una negación del prin-

cipio de la verdad del ser, sustituyéndolo por el puro hacer; y del principio de la moral al que sustituye por una felicidad terrena o física, hasta llegar al ateísmo y más allá. Consecuentemente, de tal modo es discutido Dios, incluso por algunos cristianos, que el ateísmo resulta una de las formas más vanales del conformismo; por eso, hay una "teología de la muerte de Dios" y existen los llamados cristianos ateos. Realmente, se reducen hoy a dos las principales formas de poner en duda la existencia de Dios hasta llegar a negarla.

La primera puede enunciarse así: el hombre con sus poderes intelectivos y racionales —como se dice comúnmente— no puede probar que Dios existe, es decir, que existe el Ser, primer principio y fin de todo el universo y trascendente del mismo universo, providencia; tanto es así que siempre se ha venido discutiendo y no tenemos aún prueba alguna incontrovertible. Por tanto —se concluye—, que por lo menos la duda existe. Queda sólo la pura fe y quien la tenga que la tenga; creer es un hecho personal y privado. Con este discurso se exilia a Dios de la ciudad terrena, se le condena al olvido, se le relega a un fideísmo estrictamente privado, indiferente a éste o a aquél Dios; sea un fetiche o el Dios cristiano.

La segunda forma, hoy más difundida, se presenta con matices diversos y nos limitaremos a presenciar sólo los principales. Uno es: si Dios existe, el hombre no es libre; Dios viene siendo concebido como el patrón del hombre, el tirano que lo domina y oprime casi caprichosamente, como el maestro que puede enseñarle todo, como si el hombre fuese siempre un menor de edad, aparece como el ser que somete al hombre y por consiguiente no lo deja libre.

Otro matiz es éste: si existe Dios y es concebido como fin último, bien absoluto y beatitud eterna, el hombre atraído por ese fin supremo, se abstrae de las cosas de la ciudad terrena, se ocupa de ellas sin empeño, pues se preocupa mucho más de la vida eterna; y de esta atracción suya a la otra vida, con la consiguiente abstención de empeño por ésta, resulta que se aprovechan quienes la disfrutan; de ahí la frase corriente: la religión es el opio del pueblo. Para evitarlo, es preciso liberar al hombre de Dios, de la perspectiva de la eternidad, de la esperanza de la vida eterna y, para efectuarlo, basta considerar —dicen los sostenedores de esta tesis— que en

el fondo Dios no es sino un producto de la imaginación humana: no ha sido Dios quien ha creado al hombre, sino que el hombre con su imaginación ha creado a Dios (tesis de Feuerbach, repetida por Marx).

Y, ¿por qué el hombre ha inventado a Dios con su imaginación?

Porque, viviendo en un estado de renuncia, aliena al otro, en ese caso a Dios, lo que le pertenece. Para el Iluminismo, los hombres, aún no llegados a la madurez de la razón, imaginándose un maestro infalible, le alienan sus poderes cognoscitivos o racionales; pero, una vez desarrollados y maduros, vuelven a tomar lo que les pertenece y destruyen a Dios, o sea el fruto de su imaginación. Esta es la alienación en su forma burguesa.

Para el marxismo, en general, la alienación religiosa nace de la del trabajo; es decir, Dios nace de la mente del hombre a causa de la explotación de muchos por unos pocos patronos. Es la alienación en su forma "proletaria". Síguese de ahí que, cesada la alienación del trabajo, según la tesis más propiamente marxista, cesará la creencia en Dios, porque vendrá a faltar la causa que había estimulado la imaginación del hombre para darle existencia.

Hay aún otra forma: Dios nos ha engañado, pues su providencia no ha resuelto el problema del mal; su encarnación no ha mejorado el mundo, donde aún hay tanto mal que todos los días experimentamos una inmensidad de males. Siendo así, Dios es superfluo; que exista o no es indiferente. Puesto que no hemos logrado vencer el mal, es mejor olvidarlo.

Una variante de esta posición es la siguiente: la existencia de Dios, sencillamente el hablar de Dios, es un daño; no se hable más de Dios y que Dios mismo nos hable, que se retire y que se haga el silencio en torno a El. En este silencio, que sea el hombre quien haga o, por lo menos, trate de hacer aquello que Dios no ha sido capaz de hacer; es decir: un mundo mejor. De ahí, las diversas teologías de la esperanza terrena con inspiración a la vez marxista y cristiana.

Como se ve, se trata de posturas de desconfianza en Dios y absoluta confianza en los poderes humanos, hoy totalmente desarrolla-

dos y desplegados, ya capaces de cuanto Dios no ha podido hacer. La confianza en su madurez ha librado al hombre del infantilismo de creer en un Ser supremo. El hombre vuelve a tomar en sus manos la ciudad terrena y con ellas la construye mejor que todas las religiones. Esta tesis iluminista, matriz de las otras, retorna hoy de forma más puesta al día y empeorada, pero conservando intacta, bajo sus juegos de artificio y todo su fondo de desesperación, la compañía fiel del ateo.

### El antihumanismo del humanismo ateo del materialismo marxista.

Por otra parte, a fin de que el hombre de la sociedad homogénea no se alienara en Dios, sería preciso admitir que en ella alcanzaría su autosuficiencia absoluta —“libre” de todo— no sólo en el sentido de su liberación *de las* necesidades, sino incluso en el sentido de liberación *de la* necesidad. Así tenemos el hombre en la cima de su evolución, que no tendrá dolores físicos ni morales, que no hará mal alguno —victorioso no *sobre los* males, éste o aquél, sino *sobre el mal*—, no tendrá fracasos, no tendrá dudas ni tormentos interiores, no morirá, etc.; pues, en otro caso, en tanto sufra una de estas limitaciones, tendrá conciencia de no haber realizado aquel ideal de perfección al que llama Dios, y la alienación religiosa lo perseguirá y lo afligirá, incluso en la sociedad homogénea, *sin que sea ya explicable como supraestructura al modo marxista*. Al marxismo, para no desmentirse asimismo no le queda sino lanzarse a la conclusión extrema: el *hombre nuevo* de la sociedad homogénea estará libre *de la* necesidad y, por tanto, también de todo mal y dolor, de la misma muerte. Pero un hombre tal no es ya un hombre, es un ser desconocido; lo cual comporta, consiguientemente, que aquello viviente, que hoy llamamos hombre, evolucionará al punto de convertirse en aquel ser que hoy se llama Dios. Pero si se convierte en Dios cesará de ser hombre en cuanto habrá perdido su ser propio; y, por consiguiente, el advenimiento del humanismo ateo —marxista o no— se resuelve en la negación del hombre y de lo humano, como ha captado bien Nietz-

sche, que ha teorizado al "superhombre" —expresión de la forma moral del humanismo ateo— como suma negación de lo humano en el hombre, como el más allá del hombre.

El ideólogo marxista se da cuenta de que por ahí camina hacia lo absurdo y trata de responder a los reparos: el hombre nuevo o marxista será susceptible de dolores morales y morirá; pero, dada la nueva condición en la que vendrá a encontrarse, la sociedad homogénea en la cual todas sus necesidades materiales quedarán satisfechas, perderá la conciencia de esta insuficiencia suya. Y ¡caemos de cabeza!: pues si perdiera la conciencia, cesaría de ser hombre, en cuanto, precisamente según la definición de Feuerbach, el cuerpo que es el hombre, es de hombre en cuanto es también consciente. Y una de dos: o en la sociedad homogénea el hombre evolucionará hasta el punto de convertirse en un beatísimo inmortal, un dios; o evolucionará hasta el punto de perder la conciencia de su invencible insuficiencia, o de su miseria, como diría Pascal, y quedará sin conciencia, al igual que los otros animales, esto es, perderá incluso su grandeza: *en el uno o en el otro caso —dios o bestia— cesará de ser hombre*. Esto confirma que el humanismo ateo es antihumanismo; esto es, la negación del hombre y de lo humano.

### Breve respuesta al problema de la eliminación de la verdad.

El problema de la verdad no se plantea como excluyente o sustitutivo de uno de esos dos términos: o el método o el principio del saber; puesto que el método sin el principio del saber, o de la verdad, queda vacío, y un camino que no sabemos donde lleva, es ciego. El problema se plantea de otro modo: deben desarrollarse los métodos de investigación, incluso los operativos, para hacer siempre eficaz el principio de la verdad; pero éste es necesario y es verdadero en sí mismo, no por la eficacia de los métodos, que deben limitarse a dotar de eficacia la verdad del principio. Del mismo modo que no se trata de elegir, *aut-aut*, entre el hacer o el ser. El problema se plantea en forma sintética, puesto que el hacer sin el ser es ciego y hasta cierto punto significa tan sólo deshacer; y, por otra parte, el

ser, que es fecundo, no debe esterilizarse desinteresándose del hacer, *facere*. Siendo así, el problema consiste en ser para hacer; o bien —empleando un término clásico— en contemplar, que significa “detenerse para ver”, para *conocer* y, después, *hacer* con luz plena, precisamente porque nos ilumina la verdad. Hacemos para *tener*; pero el tener sin el *ser* no es nada, puesto que si no soy, igual da que no tenga. Por tanto, el problema no está planteado entre tener o ser, sino acerca del ser que, en cuanto *es*, *tiene*. Esta es la sabiduría, o sea aquello que podría llamarse la medida.

El hombre no puede contentarse únicamente con satisfacer sus necesidades vitales, aunque sea verdad que el problema de vivir solamente se resuelve si se dispone de los medios precisos para tal satisfacción, que tiene también un contenido moral; en efecto, libera al hombre de la esclavitud de la necesidad, de la degradación y de la miseria, le confiere una dignidad de *status* social. Como de manera ajustada un filósofo ruso ortodoxo, Berdjajev, ha dicho: “El pan, para mí, es una necesidad material; pero el pan para otro, es mi necesidad espiritual”. La misma satisfacción de las necesidades materiales, a fin de que lleven una vida digna y de que ésta no pierda su valor humano, no puede considerarse fin en sí misma. Su fin es vital, pero no es el de la vida espiritual, sin la cual ni siquiera se podría plantear el problema de una dignidad propia del hombre.

Ahora bien, la dignidad del hombre radica en los sentimientos y en el pensamiento, que no existen sin la verdad; y la verdad que el hombre quiere no es únicamente técnica, científica, organizativa, operativa, aunque éstas sean necesarias porque redundan en su bienestar, sino que es sobre todo de naturaleza filosófica, moral, religiosa. Situados a cierto nivel surge en cada uno de nosotros la pregunta: ¿cuál es aquella verdad que no nos sirve, pero a la cual debemos servir, aquella que da un sentido a nuestra vida y a la vida de toda la humanidad? Por esa verdad que debemos servir, afirmamos el derecho a la satisfacción de las necesidades vitales.

Asimismo, acerca de la eliminación de los principios de la moral, tampoco se plantea el problema así: o la felicidad o la virtud moral, como si una fuese la negación de la otra; sino que se sitúa en términos de perfeccionamiento, siempre mejor informado por la

conciencia moral, de modo tal que conformemos a ella nuestra conducta y nuestro vínculo con el prójimo. La realización de este perfeccionamiento ofrece la paz espiritual en la paz corporal, es poner en acto toda la paz del hombre, verdadera felicidad, en especial para el cristiano. Por tanto, no hay conflicto entre felicidad y virtud, pues no hay costumbres morales sin principios morales. Se trata de dar a la virtud un faro humano y sereno y no inquisitorial y agrio.

También, aun acerca de las dudas sobre la existencia de Dios, respondemos: Dios no es el patrón o el tirano, sino el Padre, Creador del hombre; como dice el Evangelio, el Amigo. No es un potentado de la tierra, precisamente porque es el Omnipotente y no necesita del poder para tiranizar. Le bastan sólo el amor para redimir y la misericordia y la justicia para salvar. Tampoco Dios distrae del empeño por las cosas de la ciudad terrena; sino que, por el contrario, ese empeño es una prueba necesaria, aunque no suficiente, para la salvación.

Los dos primeros mandamientos no son escindibles, constituyen un acto único. En el amor al prójimo, que tiene como fin a Dios, realizamos nuestra perfección y la condición para salvarnos. Ni el empeño político puede descuidarse, por cuanto —como escribe Antonio Rosmini: “es cosa sagrada la suerte del pueblo”—. La pretensión de eliminar, incluso, el mal equivale a decir que la ciudad de Dios puede realizarse perfectamente en este mundo. En cuyo caso el hombre, capaz de constituir un reino perfecto, sería el mismo Dios. Pero entonces ya no hablaríamos del hombre, sino de otro ser, y, por otra parte, tener más confianza en el hombre que en Dios equivale a afirmar que el hombre es más que Dios; y esto no es sino una forma de ateísmo por desesperación.

Las dudas pueden vencerse, pero es necesario que la razón no se vuelva loca, que sea racional, que la voluntad no se lance a su capricho para realizar actos arbitrarios, sino que sea libre en la ley moral; que el hombre adquiera la inteligencia de sí mismo, el sentido de sus límites y no la superstición de sus poderes ilimitados y absolutos que conducen al caos intelectual y moral, a la desespera-

ción destructora, y no hay una forma más dañina y destructiva de infantilismo y de inmadurez que aquella que afirma que el hombre puede ocupar el lugar de Dios.

## II. LAICISMO Y HUMANISMO LAICISTA.

### Nihilismo del humanismo laicista.

El laicismo, como toda concepción de la existencia, conlleva principios y un método para aplicarlos en el orden de la actividad intelectual y en el de la conducta práctica.

El laicismo moderno, ya pura o ya implícitamente desde sus inicios, y aun cuando no lo proclame abiertamente, obedece a un principio que, más que una abstracción, diríamos que es la superstición por un ídolo que le es esencial: el hombre se basta a sí mismo, y el mundo humano tiene en sí mismo su propio principio y su propio fin; es autosuficiente. No se combate como enemiga a esta o aquella religión, sino a la religión en cuanto actitud mental, práctica espiritual que hace dependiente al hombre de un principio trascendente absoluto, Dios; así combate toda forma de saber que se diga "revelado" y, como tal, no debido al hombre y que exceda de su capacidad. La suya es la *religión del hombre*, identificado ya sea con la Razón (la ciencia en el sentido iluminista y hegeliano), ya con la Voluntad (la acción), ya con la Vida o el Sentimiento (en el sentido romántico y vitalista), etc.; la verdad, de forma histórica o mundana, sólo es aquélla —natural o racional o como fuere— debida exclusivamente a la obra del hombre, y mudable como las situaciones humanas. Concepción laicista de la vida que significa, pues, concepción arreligiosa, humanismo absoluto, mundanismo radical; que tiene por norma propia: pensar (orden intelectual) y obrar (orden práctico) como si Dios no existiera, dándole de lado en espera de cancelar hasta su más lejana imagen. Primero, destrucción; luego, desprecio; por fin, radical olvido.

Por tanto, la civilización moderna, en su núcleo laicista, primero implícitamente y después de manera siempre más abierta, es cons-

ciente y actúa convencida de que es la verdad, *toda la verdad*, que la razón humana —el hombre como tal— es el fundamento de sí mismo. Una vez aceptado dogmáticamente este principio, aunque sea contrario a la naturaleza de la razón y por ello irracional, creyó el iluminismo, en primer lugar, que liberándose de la tradición y de sus fundamentos metafísicos y teológicos se descargaba de un peso, se desembarazaba de un secular y actualmente inútil engorro y de un irritante y dañino obstáculo, sin que por eso comprometiera al hombre y a sus valores. Estaba convencido de que así, removida la tradición y restaurada la autosuficiencia del *regnum hominis*, el hombre y sus valores resultarían mejor fundados y que en una era de progreso indefinido y de felicidad "áurea", se realizaría en la tierra el verdadero y mítico paraíso. A este fin, acaso con el pretexto de purificar el nombre de Dios y la religión, la Iglesia histórica le resultaba un blanco fácil por la debilidad de los eclesiásticos, la superstición popular y las faltas de los cristianos.

Desde entonces un nuevo mesianismo laicista, iconoclasta, invade y corrompe, pese a sus aportaciones positivas, la cultura europea. Le inspiró la confianza de que todo resultaría mejor fundado si se basaba solamente en un orden natural y humano, histórico, sin Dios o a través de la reducción y transposición de Dios y de todas las verdades teológicas al siglo, con la seguridad de que nada se perdería perdiendo a Dios, y que el Cristianismo sería reconquistado como doctrina moral y social, una vez "purificado" de sus "mitos" o elementos sobrenaturales asimismo racionalizables. Pero todo esto ha resultado falaz; pues los valores, al quedar privados de su fundamento absoluto, se han eclipsado; el orden del hombre y de la naturaleza ha quedado suspendido en el vacío. En vano, durante cerca de dos siglos, la razón divinizada se ha fatigado, para salvarse, inventando los mitos de su carácter absoluto —de lo absoluto de la ciencia, de la filosofía y del arte, del carácter absoluto de la moral, de la sociedad, de la humanidad, etc.—; en vano, pues, el mito y todos los mitos se han mostrado simplemente mitos. La filosofía posterior a Hegel ha dado el asalto contra la razón, ha demolido su mítica absolutividad y, con ella, la validez objetiva de todo valor cognoscitivo, moral, religioso, etc.

Perdida la Verdad, fundamento de la objetividad de la razón por la verdad de la que la hace partícipe y que la trasciende, negado el Ser fundamento de todo ser, ya no existe verdad, y sin el ser no se salvan los valores. Esta convicción nos revela el error fundamental del pensamiento laicista, lo infundado de sus fundamentos y su ingenua acriticidad al imaginar que se podía salvar al hombre negando a Dios; que se podía acrecentar la capacidad de la razón privándola de la luz de la verdad que la hace objetiva y de la luz de la *Revelación*; que nuestra civilización y el progreso podían garantizarse mejor elevando la razón y al hombre hasta usurpar la absolutividad de Dios: pero este error "rebaja" al nihilismo radical.

Tal error tiene una lógica interna: negado el Cielo, todo cae en el polvo y se hace polvo. Después de Hegel, el adorador de la Razon como absoluta verdad *de y en sí misma*, Marx, calando la Idea hegeliana en la historia, transforma coherentemente la dialéctica del Espíritu en dialéctica de lo "económico" o de la "materia", como lo único absoluto, es decir, en materialismo dialéctico, contradicción en los términos. Así, el absoluto "racional", alcanzado el ápice de Hegel, se transforma por su inexorable lógica interna en absoluto "material" que tiene su absoluto en la estructura racional de lo económico y relega los demás valores al reino subalterno de la superestructura: el entusiástico *regnum hominis* queda degradado en el no menos entusiástico y mesiánico *regnum materiae*, lo mismo, que, volviendo la medalla, sucede con el capitalismo. En este punto el humanismo laicista, agnóstico e indiferente hacia la religión (aunque respetuoso cuando se siente necesitado de su "superioridad" o si los intereses lo urgen), se convierte en humanismo arreligioso, precisamente porque pretende ser integralmente "humanístico"; y con esto confirma el nihilismo del otro laicismo.

La concepción laicista del hombre y de la historia no sólo no es cristiana, sino tampoco humanista: efectivamente, como se ha indicado, niega al hombre concreto por un imaginario hombre abstracto: autosuficiente, absoluto, adorador de sí mismo como Lucifer, aquel "que niega siempre". En cambio, humanismo en sentido no puramente literal, significa afirmación y actuación de toda la humanidad del hombre a fin de que éste sea íntegramente hom-

bre como tal, lo cual no puede ser sin Dios: afirmar el hombre es afirmar Dios. La tragedia del humanismo ateo reside en no darse cuenta —por el prejuicio de que es más él mismo si Dios no existe— de que si se priva de Dios se autonega: no ya la persona sino el individuo, no el hombre sino el animal que, como tal, tiende a “colectivizarse”, a formar los “acogidos”. La sociedad actual vive esta tragedia, de ahí la necesidad de reproponerse un humanismo cristiano.

### La parábola de la trayectoria del laicismo hasta su autonegación.

El proceso de mundanización comenzó en el siglo XVI con la *separación* de la religión de toda forma de actividad humana invocando la autonomía de cada una de éstas: separación de la ciencia y de la política, dotadas de un método y un objeto propios; separación del derecho y de la filosofía, de la moral, de la vida social en todas sus formas. En el siglo XIII, y en el XVIII sobre todo, se da el paso desde la “laicidad” de la cultura en general, propia de Santo Tomás, al verdadero laicismo propiamente dicho, que ya no es, como se ha dicho, autonomía de la cultura, en los límites correspondientes al poder del hombre, sino autonomía de toda forma de actividad humana basada en la autosuficiencia del hombre que se constituye de por sí y como fin de sí mismo. Llegados a este punto, la religión resulta superflua para quienes hayan adquirido esa “consciencia del verdadero sentido del hombre y de su historia”, y sobrevive en quienes no han adquirido aún ese grado de elevación intelectual y social. Pero el laicismo, en el mismo instante en que diviniza al hombre, lo niega: la secularización de lo divino y de Dios (Dios-Naturaleza, Dios-Historia, Dios-Progreso o Dios-Final de la evolución, etc.) y la divinización del hombre, implican la negación del uno y del otro: se propone un ser que no es: Dios identificado con un mundo que “se hace”, no es Dios; el hombre que “se hace Dios”, no es ya hombre. El laicismo, al secularizar el Cristianismo y a las verdades cristianas, ha escrito esa extraña “nueva teología” y “antropología”,

en la cual se habla del hombre como si se hablase de Dios y se dice de Dios como si se dijera del hombre. Discurso "babélico" y la nueva Torre, levantada fatigosamente hasta el sumo, pero construida fuera de su centro de gravedad, ha caído sobre la cabeza de sus constructores aun cuando continúen vanagloriándose de su victoria.

.....

Pero ..., el "todo es racional y nada hay por encima de la razón" ha engendrado de su seno el "todo es irracional y nada existe que entre en el orden de la razón", lo irracional e inmotivado gratuito. Los campeones iluministas y masónicos han cedido su puesto a los existencialistas de Sartre, para quienes aniquilar y socorrer viene a ser lo mismo, porque todo resulta insignificante: vivir o morir, nacer o no nacer, lo banal y lo sublime: seres abúlicos, desmedulados, tubos digestivos; equiparación del hombre y de la náusea. El sentido de la vida se ha perdido, no éste o aquél, sino todo sentido. "El hombre es todo y no hay nada fuera de su nada y de la nada".

Esta conclusión laicista es coherente. El laicismo entusiasta y dogmático del "hombre es todo y nada hay por encima del hombre", ha sido demolido por el laicismo crítico, que ha mostrado toda la irracionalidad y la falta de sentido de la absolutización del hombre; pero su crítica no toca fondo porque conserva el presupuesto irreligioso y radical ateísmo del laicismo dogmático. Por tanto, partiendo en la base común del mundanismo y del humanismo absoluto, el primero concluye poniendo al hombre en el puesto de Dios y divinizándolo, mientras el segundo, más sagaz, reconoce que la historia como fin en sí misma carece de fin sensato alguno; pero, dado que conserva dogmáticamente el punto de partida ateo, acepta dogmáticamente esta conclusión, que la teoriza, concluyendo por negar todo sentido a la vida del hombre.

El primer laicismo otorga al hombre, quitándoselo a Dios, más de lo que le pertenece; el segundo niega al hombre incluso aquello que le pertenece, sin dárselo a nadie: residuo de la Nada. Pero el ser del hombre espera ser reconquistado con el redescubrimiento del Ser, para lo cual el laicismo crítico, demoliendo al entusiasta, puede

en algún modo contribuir a ello, con tal de que el "vuelco" no sea impuesto por la "desesperación" y con ella privado de fundamento.

La ilusión laicista se ha desplazado, dando la vuelta de la medalla, y del laicismo iluminista y liberal ha llevado al marxismo social. El laicismo liberal, aparte de sus contribuciones culturales, ha sido un fenómeno de "gabinete", de "club", de "logia", de pasillos parlamentarios y de círculos sedicentemente intelectuales o académicos; de convicción pero también de "snob", de actitud y, a veces, de decepcionante superficialidad e insulsa retórica en torno de la "libertad". El laicismo social, en cambio, y por primera vez en la historia, es un fenómeno de masa y, por tanto, de "fábrica", de "cooperativa", de "casa del pueblo", aun teniendo su esnobismo y sus esnobistas, con aristócratas en malos pasos y algunos intelectuales de mitin, disertantes a este nivel en torno a la "justicia". Su consistencia filosófico-doctrinal no resiste la crítica, aunque exista un núcleo de verdad; en cambio, su fuerza práctica, como asimismo su influencia social, son muy relevantes.

Puestos y aceptados los principios del laicismo del año mil setecientos, pero en versión "popular" y no ya "burguesa", el laicismo de tipo marxista es la versión más coherente, despiadada y sincera. Si el destino de todos los individuos se cumple enteramente en el curso de su vida, y el último sentido de la humanidad es total y únicamente immanente al devenir histórico; si el hombre no es sino aquello que el mismo realiza en el mundo y en esto consiste su realizarse: resulta que todos los hombres tienen derecho a realizar, en la tierra, los fines propios del hombre, exclusivamente terrenales. Tal derecho no se reconoce en abstracto (como en el liberalismo) sino en concreto, es decir, de tal modo que haga que todos resulten en condiciones de ejercitarlos eficazmente. La primera condición y *determinante* —y, que, como tal, más que condición es causa— es la económica; por lo cual el valor máximo, la "estructura" auténtica, es lo "material". El fin del hombre es el de realizar, a través de la colectivización, y con ayuda de la ciencia y de la técnica, la mejor sociedad laboral (de tipo industrial) en la cual todas las necesidades pueden ser satisfechas.

Así, el laicismo liberal, en virtud de la antítesis generada de ese

modo por el laicismo social, desciende del plano de los valores elevados al del valor económico y material, del cual los otros se presentan como superestructuras. Mas que de una caída se trata de una consecutividad que pone al desnudo la concepción laicista. Pero, en tanto laicismo, también el social pierde el sentido del hombre y de lo humano.

Sin embargo, el de tipo marxista tiene una eficacia de la que carece totalmente el de tipo más propiamente iluminístico liberal. Este último, una vez alcanzada su posición crítica más avanzada y madura —es decir, en el momento en que adquiere la convicción de que se hunden en la nada el hombre y los valores confiados al mismo y a su esencial y total historicidad—, ya no puede lamentarse sino regodearse en tal nihilismo. En esto contrasta con el marxismo, que también queda involucrado en esta posición crítica, más del pasado que del futuro, incluso por su optimismo: fe en el progreso intelectual y en la infatigable felicidad del hombre en un futuro histórico incondicionadamente asegurado. Pero el laicismo marxista o social, en términos generales, refuta dogmáticamente la conclusión crítica del iluminista-liberal al que, incluso inviste —“separando” de él a los intelectuales reaccionarios y antisociales— y hace valer, en la nueva instancia social, en el puro terreno de la praxis, con una fe absoluta en el porvenir de una humanidad mejor y perfecta, en la cual el hombre realizará todas sus aspiraciones. Es evidente que, desde el punto de vista práctico, no puede obtener conquista alguna una doctrina que, como el laicismo no marxista, ya no tiene fe en la constructividad y positividad del principio que defiende —la validez total y solamente histórica del hombre y de sus valores—, está condenada a esterilizarse en la retórica de su negación y escepticismo; en cambio, tiene un mordiente de gran eficacia —sobre todo para quien no “piensa”—, una ideología que de sí misma afirma que es la única constructiva y transformadora de la comunidad humana. Con todo ello el laicismo del mil ochocientos, producto intelectual típicamente “burgués”, hoy con su desembocadura nihilista del “nada en serio” y del “todo es lícito”, denuncia su irreparable decadencia por corrupción y disolución.

Por consiguiente, la lucha entre las dos ideologías laicistas es

desigual: una, intelectual y prácticamente está agotada; la otra, que cree con una seguridad absoluta en una humanidad socialmente mejor, aspiración real del hombre, tiene una fe y un ideal que la dotan de eficacia. Esto se comprueba en el terreno político: la propaganda de la llamada democracia liberal y de la social democracia —que aún, por motivos electorales, recurre a un mito social en el cual no cree—, escéptica y bizantina, es hoy de escasa eficacia; mientras la comunista, sustentada por el mismo “mito” que trata de realizar por métodos diversos, es potente. Se trata de un mito y no una idea o una verdad —un hecho verificable es la justicia—, ciertamente; pero, mientras el laicismo crítico es hoy consciente de que el laicismo en cuanto tal es un mito; en cambio, el marxismo no cree o hace creer que es la verdad, y, en tanto no se tome conciencia de la mentira del mito, el mito es verdad. La lucha entre las dos formas de laicismo está ya decidida: el primero está destinado a cesar como fuerza viva de la vida político-social e incluso de la cultura; hoy, sin embargo, se sobrevive a sí mismo como fenómeno de decadencia o descomposición puramente académico y “profesional”.

La Idea que ha de oponerse a tantas opiniones marxistas es otra; es una concepción de la existencia y, por lo tanto, una “ontología” y una “metafísica”, no laicista, y, como tales, del *ser finito* y del *Ser infinito*.

.....

### Ausencia del Fundamento y necesidad del Absoluto.

La ausencia del fundamento absoluto del ser del hombre, de la verdad y de los valores humanos; la “ruptura” entre el hombre y su ser y, por ello, entre el hombre y Dios: he ahí la raíz de la llamada “crisis” que aflige al mundo moderno y contemporáneo. De ahí proviene la desintegración del hombre de hoy y la precisión de recomponer su unidad fundamental. No se salvan los valores sin el Ser que los fundamenta y del cual son testimonio. Pero el Absoluto es el objeto propio de la metafísica, de la cual el pensamiento moderno ha creído que podía prescindir. La teología llama Dios a lo que la

filosofía llama Absoluto, y el pensamiento laicista, que se ha hecho la ilusión de poder prescindir de Dios, al perder a Dios ha perdido al hombre, el fundamento del hombre y su fin supremo. De ahí que de la necesidad de Dios deriva la precisión de replantear críticamente el problema metafísico.

Metafísica es penetrar y alcanzar el sentido profundo, integral, último de lo real; es pensar con altura y profundidad para salvar la consistencia de nuestra existencia integral; es descubrimiento del Ser, reencuentro de su presencia. En resumen: el saber metafísico —el Ser es— es la inteligibilidad profunda de nuestro existir, conocer y querer; la claridad de todo el hombre, su totalidad iluminada por el Absoluto. Saber metafísicamente quién es el hombre es saber la "verdad" del hombre, su ser. Exigencia de fundamento es exigencia de ser, de verdad; tanto mayor cuanto más alejado se esté, e incluso sin darse cuenta, se siente esa necesidad, que es precisión, de ser inteligible a uno mismo. La metafísica que precisa el hombre de hoy es la metafísica del ser y de la verdad.

El pensamiento moderno, en su filón central culminante del idealismo transcendental, ha situado el pensamiento humano —del cual hace inmanente toda la verdad— como fundamento primero y último y claridad total de sí mismo. El pensamiento en su racionalidad inmanente, es todo el ser, toda la verdad: transparencia de sí a sí misma. Con esto, el inmanentismo identifica el "ser" con el conocer, lógica y metafísica, disolviendo el problema del ser y de la verdad, objeto interior del pensar, en el ser y en el pensar subjetivo; de donde obtiene el fin del ser del hombre (ontología) y del Ser (metafísica).

Hegel es el filósofo del sistema absoluto de la Razón absoluta inmanente al mundo. El "mundo" es la Razón y la Razón es el mundo concluido en sí y por sí mismo. El pensamiento no tiene límites, en cuanto los límites, en tanto puestos por sí a sí mismo, ya están por esto mismo sobrepasados; por lo tanto: la transcendencia es ficción, por ser puesta por el propio pensamiento, y por ello siempre es inmanencia; es espúrea y no verdadera transcendencia —pues ésta es la que ultrapasa absolutamente el pensamiento y, por ello, es independiente de éste—, sólo aparente, en cuanto el pensamiento la

resuelve en sí mismo, en su proceso: no le señala límites pero, en sí mismo, es constituyente de la absolutividad del pensar. Sin embargo, sólo con un acto irracional puede la razón reconocerse absoluta; el sistema hegeliano de la razón absoluta es el sistema de la razón irracional. En el fondo, el inmanentismo —racionalista e idealista, positivista y materialista— es un paradojismo: identifica la necesidad de Absoluto, intrínseca al pensamiento humano, con la posesión de lo Absoluto, aspiración siempre actual y siempre ineficaz del hombre. Ahora bien, precisamente porque el pensamiento es “necesidad” de Absoluto, “no es” lo Absoluto, que lo trasciende, pero que es su fundamento, pues, en cuanto es pensamiento capaz de verdad, es testimonio del Absoluto, o sea de Dios.

La identificación del pensamiento humano con lo Absoluto, de la verdad con su pensamiento en su devenir, del ser con el pensar, conlleva, como queda dicho, la *disolución* de Dios en el hombre, la divinización del hombre, la absolutización del principio de la subjetividad; la *reducción* del Dios-Hombre al Hombre-Dios; la *transmutación* de la teología en antropología que nada dice sobre el ser del hombre ni sobre el Ser de Dios. Así, en el mundo moderno han sido considerados como la Divinidad, sucesivamente, la Ciencia, la Humanidad, la Filosofía, la Economía, la Historia, etc., siempre un ídolo, un mito mundano y laico llamado a subrogarse a Dios: sustitución de lo sacro por lo profano, subversión del orden del ser. La razón, en sí misma la verdad, ha creado su propio mito, se ha deslumbrado en la irracionalidad de su autosuficiencia; ha perdido su propio respeto y ha caído en la “superstición”, en la *idolatría*, en la adoración de todo lo que no es Dios.

Pero adorar como Dios a lo que no es Dios es característico de una mentalidad primitiva, incluso si como la moderna es consciente de ello. Quien se niega a reconocer y a amar a Dios, fatalmente reconoce y ama a un fetiche: las épocas poco religiosas son las más supersticiosas e idólatras. E idolatría implica fanatismo: Dios es uno, pero los ídolos pueden ser infinitos y cada hombre se fabrica el suyo. El fanatismo implica intolerancia; cada hombre cree que su ídolo es el verdadero y niega la verdad a los otros; es la intolerancia, violencia y guerra de ídolos contra ídolos, de fanáticos contra fanáticos,

por eso falta todo respeto recíproco; de ahí la "impiedad" hacia todo y hacia todos, y la negación de la libertad. La sociedad moderna idólatra —el laicismo es siempre idólatra— es fanática e intolerante hasta la más extrema intolerancia. Ha perdido el sentido de la comprensión y de la solidaridad, de la "atención", que es hija y madre de la caridad, y lo ha perdido porque ha rechazado prestar atención a Dios, fundamento absoluto y necesario de toda forma humana de caridad.

No queremos decir, con eso, que los valores humanos sean ilusorios, sino que no son el Ser, fundamento de todos, que los trasciende inconmesurablemente; no rechazamos su positividad sino su irracional e irrazonable extrapolación, y lo hacemos a fin de recuperarlos en toda su autenticidad, de restituirlos a sí mismos, de rescatarlos de la mitificación que con su deificación los hace vanos, de la degradación en la que los hacen precipitar quienes los convierten en ídolos que deben adorarse. Sólo contra el cientismo se puede recuperar y rescatar el verdadero valor de la ciencia, el del arte contra el estetismo, el de la historia contra el historicismo, el de la economía contra el economismo, el de la filosofía contra el filosofismo; y solamente contra el pseudo-teologismo del pensamiento se puede reconquistar el sentido de la verdadera teología o de la ciencia de Dios, que es la única y auténtica Sabiduría. En resumen, decimos que el hombre no puede ser el fundamento del hombre y que todo el orden humano y natural tiene su fundamento absoluto y su fin supremo en Dios, que lo trasciende y sobrepasa; sólo Él le da el Ser y lo salva: sólo en Dios se halla la inteligibilidad radical (metafísica) del ser finito y, por ello, el sentido de la historia y de lo creado.

De ahí la necesidad del Absoluto; de reconquistar en Dios nuestra autenticidad de hombres. Dios es la claridad del hombre. Incluso en la noche de la conciencia, todo hombre presente que solamente en el sagrado misterio de Dios está y estará la claridad definitiva. Necesidad del Absoluto significa sentir y entender que sólo Dios puede dar un sentido a la palabra "destino", y un significado necesario e inmortal a nuestra existencia contingente y temporal.

### III. LA CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL Y EL PROBLEMA DE SU UNIDAD ESPIRITUAL.

**La crisis como ruptura de sus dos tradiciones y urgencia de solución integral.**

... Si la civilización occidental se identifica con la tradición cultural crítico-científica, como ha venido identificándose, en su desarrollo, desde el Renacimiento hasta hoy, en su filón principal racionalista —inmanentista—, que pretende ser el único depositario de sus ideales y de su verdad, incluida la cristiana secularizada, resultará que la crisis es irreparable, a la vez que es decadencia, en cuanto el derrumbe del humanismo laicista sería el de esta misma civilización.

Pero si el pensamiento laicista no es la esencia de la civilización occidental, en cuanto ésta, en su unidad espiritual, no está únicamente constituida por la tradición crítico-científica, sino también de la metafísica y religiosa hebraico-cristiana, hasta el punto de que rota la unidad —la misma Europa—, la tradición crítica pierde aquellos valores que cree afirmar mejor en contra de tal tradición religiosa, resultará que la civilización occidental no está en "crisis", sino que está en decadencia aquel humanismo laicista que, al desprender la tradición crítico-científica de la otra, ha provocado la "ruptura", la "crisis" apuntada, entre las dos tradiciones y, por ello, ha comprometido y perdido la unidad espiritual del Occidente europeo ... Es "crisis" la "ruptura" provocada por el humanismo laicista entre tradición crítico-científica y tradición religiosa, pero también es "crisis" la "ruptura" opuesta, provocada por el super-teologismo, también este antihumanista, que separa la tradición religiosa de la crítica e ignora ésta ... El resultado final es el mismo: la ruptura entre el hombre y Dios; o el hombre sin Dios o Dios sin el hombre; o un racionalismo irracional, pues es contra la razón negar a Dios, o un fideísmo otro tanto irracional, porque es contra la razón negar la razón misma y la verdad racional ... El problema consiste en restablecer la unidad de la tradición crítico-científica y

de la metafísico-religiosa. En otro caso el materialismo marxista tiene el campo libre y vencida la batalla; no podríamos ya rechazar su reducción del espíritu y de sus valores a superestructuras de la estructura económica de la sociedad burguesa, condenada a muerte por la evolución social, cuando afirma que la religión y Dios son la "alienación" del hombre, que cesará con el advenimiento de la sociedad homogénea.

.....

### La esencia de la civilización occidental y la posibilidad de recuperarla.

La que denominamos civilización occidental es esencialmente el resultado de la síntesis del pensamiento filosófico griego, de la experiencia jurídica romana y de la verdad hebraico-cristiana: las tres constituyen su esencia.

.....

La estructura de la civilización occidental fue articulada en una síntesis, en una unidad espiritual en la Edad Media, época en la cual el Cristianismo católico fundió y unificó, dando un sentido nuevo, los elementos esenciales del mundo clásico greco-romano y del germanismo. La nueva civilización expresaba la concepción cristiana de la vida: un mundo del hombre dependiente del Reino de Dios, la consecución del cual, a través de la Iglesia depositaria de la Revelación, es el fin supremo de cada hombre, su eterna beatitud y, por tanto, su cumplimiento. Tal concepción de la existencia, según la cual el *regnum hominis*, libre creación de Dios, está ordenado desde su origen hasta su fin —salvación y beatitud en Dios a través de Cristo Redentor y la Iglesia para la Gloria de Dios mismo— el *Regnum Dei*, se funda, por tanto, en una metafísica que distingue netamente lo humano y lo divino y hace de este mundo el banco de prueba de la vida de cada hombre singular; y que a través de la profundización de las verdades racionales del mundo pagano y, por tanto, de los conceptos de ser, de persona humana, de libertad, de amor de Dios, etc., hace que éstos resulten nuevos, originales.

Nace así, sobre la base del pensamiento griego-romano, la nueva filosofía cristiana; y se forma la teología católica, esto es, la "ciencia de la fe", en armonía con la verdad filosófica. Así tuvo origen, desarrollo y florecimiento la civilización occidental que, en su esencia, es armonía entre razón y fe; el hombre —y la verdad humana— es llamado a cumplirlo todo el mismo y a cumplirse, con la fe, en su destino sobrenatural. Concepción de la existencia de cada individuo y de la historia de la humanidad con miras a su salvación en Dios, de quien ella viene, hacia el cual se dirige y en quien se cumple. Negar esta estructura y sus elementos fundamentales es negar la civilización occidental.

El pensamiento del occidente, desde el Renacimiento para acá, ha asumido frente al medieval cristiano-católico una actitud particular que lo caracteriza como "moderno" en un sentido mucho más profundo del puramente cronológico. No es que se haya vuelto pagano, como se dice, por cuanto siendo hijo del Cristianismo, resultaría inexplicable si prescindiera de éste; y sus orígenes, como también sus propios desarrollos, están en el pensamiento patrístico-escolástico en la concepción cristiana. Incluso el pensamiento moderno ha elaborado conceptos y doctrinas que son esenciales del Cristianismo, pero lo ha hecho de tal manera que los ha dotado de un significado que no es ya cristiano y, en consecuencia, ha provocado, con ruptura de relación entre lo humano y lo divino, la crisis de Occidente. Ciertamente, los conceptos de Dios-Persona, de la *dignitas hominis*, de espíritu, de amor, de libertad, de interioridad de la verdad, etc., propios del pensamiento moderno, son conceptos cristianos que a la luz de la Revelación y sirviéndose del arsenal intelectual del pensamiento griego, elaboraron Agustín y Tomás, en aquel conjunto doctrinal imponente que constituye la filosofía patrístico-escolástica. No es por nada que los filósofos italianos del Renacimiento, y también Descartes, Leibnitz y Kant, se consideraron cristianos, y que Hegel y los neohegelianos han proclamado que eran los verdaderos cristianos, los auténticos intérpretes del cristianismo. En este punto existe una confusión de ideas que es preciso aclarar: sí, esos conceptos e incluso otros que el pensamiento moderno se ha apropiado, han sido originariamente heredados del Cristianismo, pero

el pensamiento moderno, sobre su base, ha elaborado una concepción de la existencia que no es ya cristiana, pues ha desplazado su centro del cielo a la tierra, de Dios al mundo; ha sustituido el principio metafísico del Ser creador trascendente por el de la inmanencia atea.

Apoyándose en estos principios ha sido no sólo repensado sino "desnaturalizado", cuanto ha sido recibido del Cristianismo: *a)* el concepto de que no hay verdad si no es pensada por una mente, ha sido traspuesto en otro que pretende que el pensamiento "pone", crea el mismo, la verdad; *b)* el concepto de libertad se ha transformado en el de la autosuficiencia de la voluntad que "pone", crea, la ley y, por lo tanto, que no hay un Legislador por encima ni fuera de ella, sino que es ley por sí misma; *c)* el concepto de que el hombre es deseo de Absoluto ha sido, como se ha expuesto, contradictoriamente identificado al que afirma que el hombre "pone" el propio Absoluto, que le es immanente y, por eso, él mismo es el Absoluto; *d)* el principio de la interioridad, o de la presencia objetiva de la verdad en el pensamiento, ha sido reducida a la identificación de la verdad con la propia actividad del sujeto pensante y, por ello, entendido en el sentido de que la verdad es immanente al pensamiento que la crea; *e)* Dios ha sido disuelto en el mismo proceso del devenir histórico y la razón entendida como el momento dialéctico de la actividad del espíritu, que el mismo espíritu sobrepasa en el superior de la filosofía, o en un grado ulterior de evolución social, hasta su eliminación. Y podría continuarse así.

Es evidente que cuanto el pensamiento moderno ha absorbido del Cristianismo ha resultado desteologizado, mundanizado y, por tanto, desnaturalizado y corrompido. Negada la trascendencia de Dios y lo sobrenatural en el sentido Cristiano, identificando todo el ser con "este" mundo y la verdad con el sujeto humano pensante, y al quedar, consiguientemente, uno y otro, reducidos a un conjunto de funciones y relaciones, negada la autonomía de la religión y reducida esta misma a pura experiencia psicológica, o a un grado dialéctico y transitorio del proceso del espíritu, no sólo se niega el Cristianismo en su esencia sino la filosofía en su principio. Es decir, se llega a aquel humanismo absoluto del cual hemos comprobado

que, creyendo fundar mejor al hombre sin el ser, sin Dios, ha provocado primero la crisis y después la pérdida del hombre y de lo humano, de la verdad y del valor. Mientras en la filosofía cristiana todo depende de Dios y a Dios se dirige, en cambio la filosofía moderna ha abolido a Dios, e incluso el ser en cuanto tal, todo es *del, en y para* el mundo; la existencia ya no es una prueba sino un fin en sí misma; en este mundo se cumple el destino de todo hombre: concepción, radicalmente mundana, laicista, vivida *como si Dios no existiera*, hasta que el hombre pierda hasta la posibilidad de imaginarse uno cualquiera. Es evidente: en la concepción de la existencia propia del pensamiento moderno ha decaído aquel pensamiento metafísico propio del pensamiento greco-cristiano; por tanto, se ha perdido la esencia de la civilización Occidental. Por eso, la crisis de Occidente no es de hoy, sino que se inició en el Renacimiento y, sobre todo, con la reforma protestante, con Descartes y Bacon; y ha alcanzado una primera *acmé* con Hegel.

Después de Hegel avanza hacia su corrupción la decadencia del pensamiento moderno, que provocó la crisis del pensamiento occidental: la de hoy en cierto sentido no es la crisis de la civilización "europea", sino de la surgida de la crisis de esta civilización; podría decirse que es una crisis de la crisis o en la crisis, la del humanismo ateo, del laicismo integral. Y es crisis integral: no ya de este o aquel mito laicista, sino de *todo mito* laicista, del laicismo mismo. Se ha derrumbado el mito mismo de la autosuficiencia del pensamiento y de la voluntad, de la razón creadora de la verdad y del hombre constructor de su mundo, que hasta no ha mucho venía siendo considerada como la mayor conquista del pensamiento moderno. El pensamiento laicista, negada la existencia de Dios y la misma posibilidad de pensar, ha perdido al propio tiempo la confianza en la capacidad del hombre de construir sin Dios un mundo de verdad y de bien; ha caído en el *nada es verdad* y, por eso mismo, en el extravío y en la desorientación: se ha autodestruido; no le queda sino ser materialista y escéptico, acético y vanal. Ha perdido el concepto mismo del derecho; con la negación del derecho natural y con el subjetivismo de la ley, ha pasado de la autoridad al autoritarismo ar-

bitrario y, por tanto, tiranoide, o a la negación de la autoridad en cuanto tal y, por ende, a la anarquía.

Ciertamente que todavía el marxismo es un mito laicista, el del "hombre social" ...; incluso un mito propio del nuevo humanismo ateo; el del ideal del Partido del pueblo considerado como el "Absoluto", en el cual el hombre realiza su propio total destino, envueltos ya ambos mitos en la decadencia del laicismo. En ese sentido, pues, el marxismo, como forma del humanismo ateo y del racionalismo materialista, no es una filosofía del porvenir, sino del pasado; hijo del laicismo de los siglos XVIII y XIX viene a ser una sobrevivencia, una herencia atrasada. Pero, aunque carente de solidez teórica —será arrollado al finalizar la sociedad occidental por una nueva civilización, en la que renacerán los valores de Occidente—, en cambio, tiene mordiente en el terreno de la praxis político-social, mientras que el laicismo, que se le opone, deshecho como se halla, carece incluso de él. De hecho, nada le oponen Europa Occidental ni los Estados Unidos de América —aparte de la diversa concepción de la democracia—; aceptan la concepción materialista en la forma del capitalismo: sobrevaloración de lo económico y exaltación de la ciencia y de la técnica; ateísmo y mundanismo integral. Y esto es confirmación y no defensa de la pérdida de la civilización occidental y renuncia a restaurar su estructura esencial.

De ahí la única conclusión inimpugnable: sólo un humanismo cristiano puede reencarnar el espíritu de Occidente, siempre y cuando aún sea posible; o bien, si el Occidente muere, sólo un humanismo cristiano podrá ser el alma de otra civilización, en la cual, bajo nuevas formas históricas, podrá renacer lo esencial de Occidente.